

PARTE CRITICA.

COSAS DE DIOS.

Los acontecimientos que de dos meses á esta parte hemos visto sucederse y pasar tan rápidamente, no son obra humana. ¡Desgraciado aquel que no oye la voz del Señor en esta tempestad, que conmueve, trastorna y despedaza los elevados cedros y las robustas encinas!

(Alocucion del Papa Pio IX, á los pueblos de Italia, en 30 de marzo.)

«Y bien, TIRABEQUE mio, le dije á mi lego; nos hallamos en el caso de dar principio á nuestra tarea. Tú no debes ignorar que hay empresas en que una de las mayores dificultades consiste en saber cómo y por dónde se ha de comenzar, y tal es esta en que por darte á tí gusto nos hemos metido, por lo mismo que la materia es abundante, y que han sido tantos y de tal calibre y tamaños sucesos que han ocurrido, que nies fácil abarcarlos todos bajo una apreciacion general, ni lo es tampoco decidir cuál de ellos merezca ser considerado en primer término. Al menos yo me encuentro en esta irresolucion. Espero por lo tanto que tú, que tantas ganas tenias y tanto empeño has mostrado por que nos ocupemos de esta general revolucion y universal trastorno que ha conmovido y trae agitada la Europa, tendrás ya meditado y discurrido de antemano el plan que hayamos de seguir y el ór-

den en que debamos proceder. Y si es así, como debo suponerlo, aguardo á que me saques de esta perplexidad.

—Esto es cabalmente, señor, mi amo, me respondió, lo que yo no podría hacer aunque quisiera, porque le aseguro á vd, que tengo aqui en esta cabeza tal balumba de repúblicas y de constituciones, y de dietas, y de cámaras, y de parlamentos, y de gobiernos provisionales, y se me ha hecho tal amasijo de franceses, y de italianos, y de alemanes, y de polacos y de prusianos y de húngaros y de ingleses, y de dinamarqueses, y de lombardos, y de suizos, que me tienen trastornado el cerebro; y aqui andan revueltos, Luis Felipe y el Padre Santo, Lamartine y el rey de Prusia, la Cerdeña y la Toscana, las vesubianas y los obreros, los cartistas y la guardia nacional, y un enjambre de cosas que me tienen vuelto el juicio, de modo y manera que si vd., que al fin y al cabo ha sido un padre maestro, no sabe por donde ha de principiar, ¿cómo quiere vd. que lo sèpa yo, pobre de mí, que ni en el claustro ni en el siglo he podido nunca salir de lego?

—Pues medrados estamos con tu ayuda, PELEGRIN, despues que has sido el instigador de todo, y á fé que viene muy mal esta humildad y esta modestia con aquella arrogancia y aquella presuncion con que blasonabas de acometer tú solo la empresa si yo no queria venir en tu auxilio.

Mas toda vez que reconoces cuánto nos suele engañar nuestro corazon en el testimonio de nuestras fuerzas, y cuán inmensa distancia hay del pensamiento á la ejecucion, y del deseo á la obra, tomaré yo la iniciativa; y antes de descender al particular exámen de los grandes hechos que han de ocuparnos, paréceme que como buenos cristianos debemos comenzar levantando nuestros corazones á Dios, para reverenciar sus ocultos designios, reconocer el influjo de su mano omnipotente en las grandes trasformaciones del mundo, y esclamar: «*Veré digitus Dei est hic*: verdaderamente el dedo de Dios está aqui.» Y para que veas que no soy yo solo quien asi piensa, te citaré las palabras de nuestro Beatísimo Padre el papa Pio IX en su proclama de 30 de marzo último; y nada encuentro mas propio para inaugurar la obra de dos religiosos cual nosotros somos, aunque indignos, que encabezarla con un testo del gefe de la iglesia y de la cristiandad. «Los acontecimientos, decia nuestro Santo Padre, que de dos meses á esta par-

«te hemos visto sucederse y pasar tan rápidamente, *no son obra humana*. ¡Desgraciado aquel que no oye la voz del Señor en esta «tempestad que conmueve, trastorna y despedaza los elevados «cedros y las robustas encinas! ¡Desgraciado orgullo humano, si «atribuye á faltas ó á méritos de los hombres estas prodigiosas «mudanzas, en vez de adorar en ellas los ocultos designios de la «Providencia, de esa Providencia en cuyas manos están todos los «confines de la tierra.»

Y verdaderamente, PELEGRIN, yo creo que la Providencia es la que rige la marcha del mundo y los destinos de los pueblos y de las naciones, no puedo menos de calificar de providenciales muchos de los acaecimientos que acaban de ocurrir y que tan asombrados nos tienen. Entre ellos te citaré algunos, que aunque ejecutados por los hombres, porque son los instrumentos de la divinidad, parece que no han podido ser obra humana, y que el impulso ha debido venir de arriba. Tal es en primer lugar el fenómeno nuevo en el mundo y en la historia, de un Pontífice, que comprendiendo las ideas y las tendencias de su siglo, sobreponiéndose á tradiciones destinadas á caducar por envejecidas, penetrándose de sus dobles deberes para con la humanidad como apóstol y como príncipe, levanta una voz de regeneracion social, y enseñando al mundo que la opresion de los hombres es contra las doctrinas humanitarias del Evangelio, emprende con templanza, pero con fortaleza, paulatina pero progresivamente, con ardor y con fé, pero con dignidad y cautela, la reforma religiosa, política y social del pueblo que inmediatamente le está encomendado, y señala á los otros el camino que deben seguir.

Tal es en segundo lugar, la caída súbita, inesperada antes, casi incomprendible despues, de Luis Felipe y su dinastía; esa al parecer fabulosa catástrofe de la Francia, esa asombrosa peripecia, que cogió de sorpresa á la víctima y á los sacrificadores, y á los que sin saberlo habian preparado el holocausto; esa desaparicion instantánea de la monarquía, que nadie acertó á preveer, con jugar en la escena tantos hombres de esclarecido talento, incluso el mismo monarca destronado; esa república improvisada en un cuarto de hora, y que sin embargo reconocian 35 millones de hombres al tercero dia. Como tambien tengo por providencial esa conversion repentina de principes que hasta ahora habian

simbolizado el principio del absolutismo en su acepcion mas lata, de pueblos avezados á ese mismo régimen por una larga série de siglos ; esos triunfos admirables de la fuerza moral sobre la fuerza fisica, de las ideas sobre los ejércitos armados, de la razon sobre los cañones. Y por último, PELEGRIN, paréceme que el acaecimiento en general de haber cambiado en el espacio de un mes, que es como decir casi simultáneamente, la faz de toda la Europa, de haberse estremecido todos los pueblos, variándose sus formas, y entrado hasta los mas apáticos é inertes en una vida de actividad, de movimiento y de regeneracion, no ha podido ser obra humana, como dijo nuestro venerado Pontífice: algo hay aqui de sobrenatural al que no alcanza el poder del hombre como no alcanzaban sus cálculos.

—Señor, yo bien sé que todo lo que sucede en el mundo es obra de Dios, pero tambien sé que enreda mucho el diablo ; y por mas que vd. lo borde, el diablo mas que Dios tengo para mí que es el que nos ha metido en este berengenal, del cual no sé como hemos de salir, si Dios no toma la mano en ello. Mire vd., mi amo, que es mucha la rebujina que se ha armado, y mucho el disloque, y muchas las diabluras que se han hecho, y es imposible de todo punto y coma que estas sean obras de Dios, y mire vd. que lo digo yo que no me asusto de poco: á no ser que me quiera vd. probar que anda tambien Dios en esos *Clús*, donde se me antoja que se hablan y enseñan y se maquinan cosas que no están en la Sagrada Escritura, ni son conformes á sus mandamientos, ni á los de la iglesia; y que son obra de Dios y no del diablo las hazañas y milagros de los obreros de París y de otras partes, lo cual yo no puedo creer, asi como tampoco creo, aunque me lo diga el Padre Santo, y perdóneme Su Santidad, que sea Dios el que inspira á esos *Comunistas ó Comuneros*, que pretenden que todos los bienes sean comunes y que debe echarse un rasero á la medida de las fortunas y repartírselas boníticamente entre todos, lo cual otro podia sentir mas que yo, puesto que mas me habia de tocar á mí de la medida agena que á los demas de la mia, que á fé á fé que algo tenian que echar en ella si habian de colmarla ; pero conozco la razon y la digo, aunque sea contra mí. Y esto mismo que digo de la igualdad, mi amo FR. GERUNDIO, lo digo tambien de la libertad, de la cual bien sabe vd. que soy un tantico apasionado, á pe-

sar de llevarme costados algunos disgustillos, sin los que pueden venir todavía; pero conozco que á la sombra y con achaque y pretesto de ella se han hecho en estos dos ó tres meses muchas locuras; y sobre todo, mi amo, estoy viendo un desbarajuste general, en que los hombres no se entienden ni aciertan á avenirse, y que antes, mal que bien, á lo menos habia paz por el mundo, y corria el dinero, y ahora la guerra ha asomado la cabeza, y el dinero ha escondido la suya; y todo va á este tenor, como mas largamente podria demostrar, lo cual tengo para mí que no puede ser cosa de Dios, segun lo que á un pobre lego se le discurre y alcanza.

—Pláceme, **TIRABEQUE** mio, encontrarte tan reflexivo y juicioso contra lo que yo recelaba y temia; y esta templanza (que buena falta te hace en las circunstancias actuales) me da esperanza de que oirás con gusto las reflexiones que tengo que hacerte, y que acaso serán nuevas para tí. Yo lamento y condeno como tú los desmanes y extravíos, y aun las extravagancias, ridiculeces y aberraciones en que los hombres incurren y á que se entregan en épocas revueltas como es la que atravesamos; y cuando tratemos de cada uno de estos puntos en particular, ya verás cómo nos reimos de esos delirios y de esas miserias y flaquezas humanas. Ahora, puesto que tratamos del trastorno europeo en general, no hemos de hacer sino consideraciones generales. Ellas servirán como de consignacion de principios, y como de introduccion á los puntos que despues particularmente trataremos, muchos de los cuales pienso que nos habrán de divertir grandemente.

Mira, **PELEGRIN**, yo creo que hemos llegado á una de esas grandes épocas en que la sociedad humana sufre una trasformacion general, en que se cambia la organizacion del órden social sobre un principio dado, distinto del que hasta entonces le ha servido de cimiento; en que se renueva, por decirlo así, la humanidad. Y cuando tales acaecimientos sobrevienen, menester es que el hombre, y mucho mas el escritor, se eleve en sus consideraciones á una altura proporcionada al horizonte que se propone descubrir. Así pues, remontémonos nosotros á esta altura, y por la marcha que ha ido llevando la humanidad por el camino de los siglos, y por la direccion que ahora parece haber tomado la Europa, discurremos cual sea el porvenir que parece estarle destinado.

—Señor, permítame vd. que le interrumpa y ataje su palabra.

Pienso que si á tanta altura se ha de remontar vd. será conveniente que suba vd. solo; porque no son tales alturas para un pobre lego; y harto haré en estar al cuidado para salirle á vd. al encuentro y acompañarle cuando vea que va bajando.

—Pues bien, PELEGRIN; oye un momento, que tiempo te queda de gastar de tu propio almacén, y pienso que no te ha de venir mal el irte pertrechando de algunas ideas, que supongo serán nuevas para tí, y acaso para otros que parecen menos legos que tú.

Decía que la Europa estaba pasando ahora por una de esas épocas en que el órden social sufre una trasformacion inevitable. Y que hay épocas destinadas á cambiar la condicion del género humano se vé con echar una ojeada por la historia del mundo.

A la primitiva edad teocrática y de los sacrificios humanos, sucedió la edad heroica, guerrera en su esencia, y en que dominaba la fuerza bruta. Vino otro tiempo en que todo el mundo; á escepcion de un pequeño pueblo, se hizo idólatra; la sociedad sufrió un cambio; la religion de los sentidos reemplazó al dominio de la fuerza, y preparó la religion de la razon para dar entrada á la de la fe. Vino el cristianismo, y se renovó otra vez la sociedad; acabó con la idolatría, condenó la esclavitud, y proclamó la libertad del hombre, la igualdad y la fraternidad. El cristianismo fué el verdadero principio de la civilizacion humana. La nueva sociedad luchó por siglos enteros con la sociedad antigua y la venció. La edad media fué una de las trasformaciones que la religion cristiana obró en la sociedad. El feudalismo gobernó por mucho tiempo á los hombres. Ninguna de estas sociedades se parecia á la anterior. Vino un tiempo de guerras, de ignorancia y de embrutecimiento. Las escasas luces que habia se refugiaron á la iglesia; así el sacerdocio se hizo el elemento dominante, y los papas se abrogaron el poder temporal: los reyes se sujetaron á los pontífices, y por una necesidad rigurosa, el cristianismo se hizo político. Nueva faz social. Había de llegar época en que los reyes se emanciparan del clero, y llegó, y vinieron las monarquías absolutas, como á esta era había de suceder otra en que los pueblos se emanciparan de los reyes, ó en que los reyes mismos los emanciparan, haciéndose ellos mismos populares, y en que la sociedad se rigiera por repúblicas ó por monarquías representativas.

Cada una de estas edades, PELEGRIN, tenia su fisonomía propia,

cada una producía una regeneración social, é iba engendrando otra; aparte de ciertos accidentes generales que han distinguido cada siglo; como se ha distinguido, por ejemplo, el siglo de las cruzadas, el siglo de las reformas religiosas, el siglo de las artes, el siglo de la filosofía, y ahora podemos decir que estamos en el siglo de la unión del cristianismo con la libertad. Esta es la grande obra que yo veo comenzada, la que me anuncia la gran transformación que la Europa está sufriendo, la que será imposible resistir; porque como dice el ilustrado Quinet: «es una condición del mundo el que nazca en una época tal forma de civilización, tal movimiento de progresión (1).»

Yo no diré que las épocas de regeneración no sean siempre tempestuosas y agitadas, porque los periodos que median entre una sociedad que acaba y otra que comienza, son como esos canales borrascosos que separan dos continentes.

—Y diga vd., mi amo, ¿nos regenerarémos pronto?

—Eso es lo que yo no podré asegurarte, PELEGRIN. Las regeneraciones sociales suelen ser lentas y penosas. El cristianismo, con estar destinado por Dios á ser la ley de la humanidad, tardó siglos enteros en consolidarse, y aun no ha acabado de difundirse por toda la tierra. Porque primeramente tuvo que luchar contra la tiranía, contra los príncipes y los emperadores: después contra las heregías que salieron de su mismo seno; luego contra los cismas; en seguida contra los falsos reformadores: ha tenido que pasar por épocas de corrupción, por épocas de apostasias, y por épocas de fanatismo. Lo mismo entiendo yo que ha de suceder con la libertad racional y justa de los pueblos. Primero ha tenido, y tendrá todavía que luchar contra la tiranía de las potestades de la tierra. Aun después de sentada en los tronos, como ya se ha sentado en algunos, han salido y saldrán del seno mismo de los que se dicen sus defensores, multitud de heregías políticas, que son todas esas doctrinas estravagantes ó anárquicas, todos esos delirios, todos esos sistemas, ó irrealizables, ó prematuros, ó ridículo, á que tú te has referido, y que los hombres ó en su ambición ó en su fanatismo, inventan y quieren hacer prevalecer. Ha habido

(1) Introducción á la excelente obra de Herder, *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*.

y habrá épocas de corrupcion y de apostasías, épocas de cismas, de division y de desconcierto; habrá guerras aquí, desmanes allá, extravíos en la otra parte, anarquía en un lado y reacciones en otro. Pero la libertad en general caminará hácia adelante, porque este es el destino de la humanidad, marchar en una línea progresiva de civilización, á pesar de los retrocesos parciales, que son como enfermedades transitorias, que retardan pero no impiden el desarrollo del cuerpo social.

Y á juzgar por el impetuoso arranque de vitalidad que la Europa ha dado ahora, debe creerse que la libertad está en su edad viril, edad fogosa, como que es la edad de las pasiones, y por lo tanto no es de estrañar que sea una libertad impetuosa, agitada, viciosa si se quiere, pero tras ella vendrá la libertad pacífica, racional, prudente, y tras ésta la libertad cristiana, fraternal, evangélica, que se empieza á proclamar ya por algunas bocas respetables, y que será una realidad á su tiempo.

Digote todo esto, PELEGRIN, para que no te asustes de estos grandes sacudimientos que de tiempo en tiempo conmueven la sociedad, y aterran á la generacion que los presencia; y en verdad que éste ha sido terrible y rápido en estremo. Pero pasada la primera sorpresa, el hombre que no desconoce la marcha histórica de la humanidad, reflexiona y discurre, y no está lejos de vislumbrar por entre los nubarrones de la tormenta, la claridad que él podrá seguir.

—Señor, no sabe vd. bien el peso que me ha quitado de encima con esas razones, porque á los que no vemos las cosas mas que por la corteza, todo eso nos hace falta para irnos curando del espanto; y así, aunque no me gustan cosa mayor los sermones serios, le agradezco á vd. el que me acaba de echar, porque eso me conforta y me da ánimo y valor: y cuente vd. conmigo, mi amo, que con la ayuda de vd. y de nuestro Santísimo Padre el papa Pio IX, que ha dicho que todo lo que está pasando es obra de Dios, y tomándole á él por guia, puesto que el papa dicen que es infalible, malo será que no podamos salir avante, y disponga vd. en todo y por todo de esté su apasionado lego.»

Aquí llegábamos de nuestro razonamiento cuando vino á mis gerundianas manos un escrito que por su naturaleza no podrá menos de ejercer una grande influencia moral en toda Europa. La

estranjeza y suspension de ánimo que en mi paternidad producía la lectura de este documento importante, no debió ocultarse al ojo observador de TIRABEQUE que me miraba de hito en hito, puesto que al cabo de un espacio me dijo: «Señor, cosa de alguna monta debe ser eso que vd. lee, porque estoy conociendo en la fisonomía del semblante que se me va vd. quedando suspenso y así como sobrecogido. ¿Tenemos alguna novedad?»

—Tenémosla, PELEGRIN, le dije, y no pequeña.

—Grande debe ser, mi amo, y de mucho bulto para que merezca la pena despues de tantas cosas gordas como han pasado.

—Pues lo es, PELEGRIN, y una de las mayores y de mas trascendencia que en el dia pudieran acontecer. Es una nueva Aloucion del Santo Padre pronunciada en el Consistorio secreto del 29 de abril.

—A ver, á ver, señor mi amo; á ver qué es lo que dice su Santidad. Eso será que habrá tenido que repetir para que no se olvide, que todo lo que ha sucedido de tres ó cuatro meses á esta parte es obra de Dios.

—Nada menos que eso, TIRABEQUE amigo. Ahora dice el Santo Padre que él no ha sido el autor principal de las conmociones que han ocurrido en estos últimos tiempos en Europa, ni en la misma Italia: que es una calumnia la especie que se ha hecho correr en el Austria de que el romano Pontífice sea el que ha excitado, por unos medios ó por otros, á los pueblos italianos á introducir cambios políticos; que en las reformas que ha efectuado en sus estados no ha hecho sino acceder á las insinuaciones y deseos manifestados hacia ya tiempo á sus antecesores por los príncipes de Europa; que si á algunos ha podido parecer que los acontecimientos de dentro y fuera de Italia han tenido origen en las concesiones que hizo á su pueblo en el principio de su pontificado, es seguro que no deben atribuirse á obra suya, puesto que no hizo sino lo que le pareció conveniente á él y á los mencionados príncipes, y que no le ha sido posible contener el ardor de sus súbditos en esto de haber querido favorecer á los demas pueblos italianos, y hacer causa comun con ellos en la guerra contra el Austria; respecto á lo cual oye cómo se esplica nuestro Santísimo Padre: «Pero como haya muchos (dice) que deseen que Nos con otros pueblos y príncipes de Italia emprendamos la guerra contra

«los alemanes, hemos creído de nuestro deber declarar clara y explícitamente en esta congregación, que esto se halla en abierta oposición con nuestro parecer, como quiera que Nos, aunque indigno, hacemos las veces en la tierra de aquel que es autor de la paz..... Y si á pesar de todo entre nuestros súbditos hay algunos que se dejan arrastrar por el ejemplo de otros italianos, ¿cómo podemos nosotros contener su ardor?»

«En este lugar (continúa) no podemos menos de manifestar, que reprobamos los insidiosos consejos emitidos en papeles diarios y en varios folletos, de que el romano Pontífice debe presidir cierta nueva república que quieren ver constituida en todos los pueblos de Italia, etc.»

Ahora bien, PELEGRIN; ¿qué te parece de esta nueva manifestación de nuestro venerable Pontífice Pio IX?

—Bien decía vd., señor mi amo, que la cosa era grave y una de las de mas monta que podían suceder, y ahora ya no me maravilla que se quedara vd. un poco estático al leer la alocución, porque otro tanto me está pasando á mí, y mas habiendo venido esto en el punto y hora que yo acababa de convencerme por las palabras que vd. me habia relatado de la otra proclama de su Santidad, y cuando acababa de decidirme á tomar al Santo Padre por guia, y eate vd. ahora á un pobre lego confuso y atontado sin saber qué decir ni qué pensar..... Señor, Dios me perdone, pero si no fuera el respeto que se debe al Santo Padre, pareceme que le habia de decir que el salir ahora con esto es una verdadera embajada; porque bien pudo ver á su tiempo lo que se hacia y en lo que podia venir á parar, puesto que cuando la Italia se levantaba, en todas partes lo hacian al grito de *viva Pio IX!* y bien lo debia ver él, cuando lo veia yo que estaba mas lejos, y entonces nada dijo; y ahora los italianos le dirán con razon: *«tarde piache:»* y otras cosas mas le diria, señor mi amo, pero conozco que él es el papa y yo soy un lego, y que debo respetarle, y por esa razon me coso la boca y no digo nada.

—De inmensa influencia han de ser, PELEGRIN hermano, las manifestaciones hechas por Su Santidad en esta inesperada proclama. ¿Quién sabe el efecto que puede producir en el pueblo romano, que con tanto entusiasmo, con tanto júbilo, con tan vivas aclamaciones habia acogido las reformas inauguradas por Pio IX? ¿Quién

sabé el efecto que puede producir en el ejército confederado que con tanta gloria está sosteniendo en Venecia y Lombardía la guerra de su independencia contra el Austria? ¿En ese ejército que llevaba tras sí el prestigio de haber sido bendecido por el papa, cuya circunstancia daba á la guerra un aire de sagrada además del de justa que en sí tiene? ¿Quién sabe el efecto que producirá esta inesperada alocucion en toda Europa, persuadida como estaba á que el impulso de este gran sacudimiento que la ha conmovido llevaba el carácter de irresistible, por haber partido de la silla misma de San Pedro, impulsado *motu proprio* por el Pontífice? ¡Quiera Dios, PELEGRIN mio, quiera Dios que la alocucion de 29 de abril no envuelva á la Europa en nuevas complicaciones! ¡Quiera Dios que no sea causa de que las grandes cuestiones que en ella se agitan no tomen otro sesgo, acaso peor del que iban llevando! ¡Quiera Dios que la Italia no sufra de sus resultas nuevas y mas graves discordias intestinas! ¡Y quiera Dios tambien que logre su Santidad el buen fin que sin duda en estas manifestaciones se habrá propuesto, y que al menos el poder temporal de la silla romana no salga con el tiempo lastimado de una declaracion tan contraria á las esperanzas de los italianos!

—Y diga vd., mi amo, ¿no se podrá saber qué motivos habrá tenido su Santidad para esplicarse ahora de un modo tan impensado?

—A lo que yo sospecho, PELEGRIN, y á lo que se deja comprender por algunas frases de la alocucion, el Papa ha debido ser intimidado con amenazas de cisma por parte de los obispos alemanes, esto es, con separarse de la unidad de la silla apostólica, en venganza de la guerra que los italianos están haciendo al Austria, cuya guerra suponen fomentada por el romano Pontífice, ó que por lo menos reconoce por causa primitiva el espíritu de reforma iniciado por él, y que tan inmenso vuelo ha tomado en toda Italia, ó por mejor decir en todos los países de Europa. A esto es natural que se hayan agregado las sugerencias de los enemigos de las ideas liberales, que aprovechándose de la ocasion habrán redoblando sus esfuerzos hasta hacerlos prevalecer en su ánimo en momentos de vacilacion entre sus convicciones y compromisos como Príncipe y su temor como soberano espiritual, de un cisma que relajase la unidad de la iglesia. Al menos esto es lo que yo discurro.

—Señor, si es miedo no digo nada, porque supongo yo que los papas deberán contar entre sus prerogativas la libertad de miedo que tenemos todos los hombres; y ahora vendria bien que se fuera á su lado Mr. Thiers; que si mal no me acuerdo, el hermano Thiers era el que decia en una ocasion en las cámaras francesas que si él estuviera al lado del Santo Padre le gritaria: »¡Valor, Beatísimo Padre, valor!» Pero éste miedo, mi amo FR. GERUNDIO, parece que debiera haberle tenido antes de lanzarse por eso que llaman la via de las reformas, cuya via bien podria haber conocido adonde le podria llevar, y no ahora que á ejemplo suyo todo el mundo se ha arrojado por la via.

—Mira, PELEGRIN, que estás hablando del Sumo Pontífice.

—Señor, por eso cierro mi boca y no digo nada; y lo poco que he dicho ha sido aqui en confianza, y sin que salga de nosotros; y si en algo me he escedido, pido perdon á Su Santidad, á quien nunca será mi ánimo ofender en lo negro de una uña.

—Pues bien, PELEGRIN, hagámonos dignos de su bendicion, y esperemos á que el tiempo aclare estos misterios y nos diga los resultados de esta su proclama, que permita Dios sean tan buenos como él sin duda deseará. Y puesto que nosotros, como buenos religiosos, hemos principiado nuestra tarea con las palabras del Santo Padre, cumplido este deber ya podemos pasar á otros asuntos, en los cuales podrás hacer mas de tu génio y decir lo que te parezca.

—Que me place, mi amo, y por ahora publique vd. si le parece, esa carta que tengo escrita al príncipe de Metternich, que lo mas que podrá suceder es que la sepan todos antes que llegue á sus manos, como sucede con las notas de nuestro embajador inglés.

CARTA DE TIRABEQUE

AL PRINCIPE DE METTERNICH.

En Londres ó donde se halle.

Muy señor mio: no estrañe vd. que un simple lego se atreva á escribirle directamente, y asi con cierta familiaridad, porque en estos tiempos de igualdad en que vivimos, esto parece ser lo que se usa, y no deben ser menos legos que yo los jornaleros de París, y se atreven á hablar con Mr. de Lamartine, siendo un individuo del gobierno provisional de la Francia y ministro de Negocios estrangeros, no asi por escrito como yo, sino cara á cara y frente á frente, con pipa en boca y fusil en mano, en señal de libertad, igualdad y fraternidad. Esto dicen que indica que se va acercando el reinado de los legos, lo cual ya conocerá vd. que á nadie traería mas cuenta que á mí, que lo soy se puede decir que *à nativitate*; solo que mi amo Fr. GERUNDIO trata de quitarme toda la ilusion, diciendo que para reinar los legos seria menester que se educáran, instruyeran y civilizáran antes, lo cual ya es una dificultad, y sobre todo, instrúyame vd. á los legos y hágamelos vd. sábios, y dejarán de ser legos; esto ya no tendria gracia ninguna. Pero en cambio y para consuelo de la gente lega, dijo el otro dia solemnemente el famoso Luis Blanc á su tertulia nacional de obreros: «*Todos los hombres son reyes:*» cuya sentencia bubo de volver locos á todos aquellos reyes que le escuchaban, y le valió que uno de ellos se levantara á darle un abrazo, y que le regalara un magnifico ramillete en nombre de Sus Magestades obreras. Ya lo creo; la cosa bien merecia eso y algo mas. El diablo es ese ciudadano Luis Blanc; nó quiso un rey, y quiere 35 millones de reyes. Y eso

que les dijo que se hallaba enteramente descorazonado; porque é. y su compañero de gobierno provisional el obrero Albert, habían tratado de que solo París enviara veinte obreros por lo menos á la Asamblea nacional, y el pícaro pueblo de París que no sabe todavía lo que se pesca, no habia sido de su parecer y los habia dejado colgados.

Y yo creo, señor de Metternich, que en parte el bueno de Luis Blanc tenia razon, y que si todos los hombres adúlteros (1) no son reyes hoy dia de la fecha, pueden serlo muy fácilmente, á lo menos en Francia, y en Alemania, y en otras muchas partes; porque al fin y al cabo si todos los que tengan 25 años cumplidos en Francia y 30 en Alemania, por legos que sean, pueden ser diputados y representantes en la Asamblea nacional, ó en la Dieta ó lo que sea, cátelos vd. hechos unos soberanos; y que un diputado puede en un dos por tres calzarse con la presidencia de la república, si es en Francia, ó con el destinillo de gefe del imperio si es en Alemania, ó echándolo por lo corto, con una plaza de ministro, que al cabo todos estos empleos tienen que salir de los diputados. Lo que siento yo, señor de Metternich, es no hallarme en esas tierras, donde sin ser mas que PELEGRIN TIRABEQUE á secas como soy, me encontraba en tren de salir diputado, y de aqui lo que se sigue. Porque como dijo muy sabiamente *el Ministro de la Instrucción pública* de la república francesa, para ser un buen representante del pueblo no se necesita tener *ni instruccion ni fortuna*; basta solo saber decir *sí ó no*, como Cristo nos enseña. Y estando yo dotado de estas cualidades como el mas pintiparado, me presentaria á un distrito electoral cualquiera.

—¿Quién es vd? me preguntarian.

—Un candidato para la Asamblea nacional, responderia yo.

—¿Cómo se llama vd?

—FR. PELEGRIN TIRABEQUE, para servir á la república y á vd.

—¿Qué méritos tiene vd?

—Mayor de 25.

—¿Y nada mas?

—Si señor; sé decir *sí y no*.

—¿Y qué mas?

(1) Adultos ha querido decir PELEGRIN.

—Que soy lego, y de consiguiente no tengo *ni instruccion ni fortuna*.

Podria ser que por alli nó me eligieran, pero iria á otro distrito donde tuvieran mas influencia las doctrinas del ministro de la Instruccion pública, y malo habia de ser que en alguna parte no cuajara.

Con esto de la diputacion, señor de Metternich, se me pasaba ya decir á vd. cuál es el objeto de mi carta, que no es otro que el de darle á vd. el pésame por la mala pasada que le han hecho allá en Viena, donde dicen que se hallaba vd. tan bien acomodado. Me han dicho que hacia mas de 40 años que estaba vd. siendo el timon de todo el Norte, y casi el *fac-totum* de toda la Europa, y que lo que es en Austria era vd. mas que príncipe, porque dicen, que aunque habia un emperador, el verdadero emperador era vd., y que en punto á esto de diplomacia, todos los demas diplomáticos que bullen por el mundo, eran niños de escuela al lado de vd., y que mientras vd. viviera no habia que pensar en que cayeran los gobiernos absolutos, antes por el contrario, que habia un Austria capaz de dar al traste con todos los gobiernos constitucionales habidos y por haber.

Asi fué, que cuando leí que los austriacos le habian enviado á vd. á paseo con tan malos modos, y que cuando vd. anunció á la diputacion de los estados provinciales haber hecho su dimision, le contestaron secamente: «*Os damos las gracias; habeis salvado el pais,*» y que le habian quemado su hermosa casa de campo, y habia tenido vd. que tomar las de Villadiego que decimos en España, como un pobre hombre, lo aseguro á vd. que me quedé como quien ve visiones. ¡Cosa como ella! Vd., señor de Metternich, debe de ser uno de esos elevados cedros ó de esas robustas encinas que dice el Santo Padre anda derribando la tempestad, y que es la voz del Señor la que ha movido la tormenta esta. Y en verdad que la encina debia ser robusta y tener raices, porque una encina de mas de 40 años, bien regada, como que siempre habia estado al pie del manantial, ya podia haberse arraigado. Pero, amigo, si ha sido la voluntad de Dios la que lo ha hecho, no bay mas que tener paciencia y conformarse. Es escusado darle vueltas, señor de Metternich, cuando Dios se empeña en arrancar las cosas de raiz, aunque un árbol estienda sus raices hasta el centro de la tierra,

le levanta de cuajo, y zás, como si fuesé una caña de centeno.

¿Pero ha visto vd. cosa mas rara en todos los dias de su vida que empeñarse los austriacos en tener Constitucion, y libertad de imprenta, y guardia cívica, y sufragio universal, y todas esas zarandajas que andan tan de moda? Y lo mas raro no es que ellos lo quisieran, sino la facilidad con que lo han logrado, con haberles vd. estado predicando 40 años que ese no era el camino de la gloria, y con trescientos mil hombres que vd. tenia bien equipados y armados para que apoyaran sus razones. Cuando he visto esto, hermano Metternich, se me ha llegado á poner en el caletre que contra eso que llaman ideas del siglo, no hay fuerza humana que valga, y que

cuando ellas rompen los diques,
no hay diplomacia, no hay tretas,
cañones ni bayonetas,
no hay Austrias ni Metterniques.

¿Y sabe vd. que hubiera dado yo algo bueno por ver al emperador Fernando I, Cárlos Leopoldo José Francisco Marcelino, gritar: ¡Viva la libertad! y armar á los estudiantes de nacionales, y cantar el himno popular, y otras cosas á este simil? Porque en el rey de Prusia no me maravilla esto tanto, puesto que, segun dicen, este señor habia estado haciendo al vado y á la puente, hasta que los prusianos le dijeron un dia: «por aquí se va,» y por allí se fué, y ahora parece que anda otra vez entre si se va ó se vuelve, segun mi amo me informa, y no lo estrañaré, porque aunque soy un lego, conozco yo algunos reyes como si los hubiera parido. ¡Pero el emperador de Austria metido á liberal! ¿No se hace vd. cruces, señor de Metternich?

Ahora que me acuerdo, me han dicho que dijo vd. en una ocasion en francés: *apres moi, le deluge*: que segun mi amo me informa quiere decir: «detrás de mí, aunque venga el diluvio.» Por fuerza estará vd. pasmado de ver que el diluvio le entrecogió en vida, y no es para menos. Pero consuéllese vd. con que esto ha sido una cosa que ha cogido á todos de sopeton, como se suele decir; y si no pregúnteselo vd. á Luis Felipe, que un mes antes que el diluvio viniera decia que *estaba asegurada la paz del mundo*. Crea vd. firmemente que en este diluvio del año 48, pienso que ni el

mismo Noé habria tenido tiempo de acabar el arca. Esto ha sido un repente, amigo mio; que lo mismo ha cogido de sorpresa á los diplomáticos que á los legos.

Otra cosa le deberá tener á vd. aturdido, y es la gangrena que le ha entrado al imperio de Austria, pues segun noticias, cada pedazo se le quiere ir por su lado, como retazos de un vestido apollado y viejo. Bien que tengo entendido que allá en los tiempos en que lo mangoneaba vd. todo, y cuando la Santa Alianza se repartió la Europa como quien se reparte cucuruchos de dulces, vd. fué agregando cucuruchos al Austria, hasta trece, que trece creo que son los estados que componen el imperio. Ahora estos estados se empeñan en la tontería de ser constitucionales, y en serlo por su cuenta y riesgo, solitos y no de Dios, con su Constitucion hecha por cada quisque á su modo y manera, y sin tener que ver para nada con el emperador vuestro antiguo amo, ó vuestro antiguo criado, que dicen que no se sabe de cierto y á punto fijo lo que érais el uno para el otro, aunque se me figura que sucederia lo que con los mayordomos viejos de las casas grandes, que el uno es el amo en el nombre y el otro lo es en el manejo, y vd. perdone si me equivoco, que esto no pasa de ser el juicio de un pobre lego.

Pues como digo, la Hungria se ha empeñado en ser constitucional, y hacer rancho aparte, y ya tiene vd. ahí un cucurucho menos: Venecia por lo consiguiente, otro cucurucho; esta parece que ha hecho la calaverada de hacerse otra vez republicana, que dicen lo fué ya antes, y la cabra siempre tira al monte; la Lombardia se ha puesto de uñas, y dice que primero consentirá que le hagan pedazos que seguir siendo austriaca: y vaya vd. quitando cucuruchos, que aunque este cucurucho está en pleito, antójame á mí que lo que es entero no se le vuelve ella á chupar: si son los tiroleses, están saltando; y hasta los gallegos (que á lo que es cuenta tambien hay por allá otra Galicia, que parece ser parte de la Polonia, y otro de los cucuruchos que vd. agregó al Austria cuando aquello de las partijas), digo que tambien la Galicia, ó la Polonia, ó lo que sea, quiere volver á ser lo que fué, y nada más puesto en razon. Pero ahora me han dicho que el recién constitucional emperador, despues de haber querido intitularse rey de Polonia, y de haber dejado volver á Cracovia á los polacos emigra-

dos, ha hecho bombardear la ciudad por espacio de dos horas y media, y ha metrallado á los pobres polacos; y los ha echado de Cracovia, y ha desarmado la guardia nacional. Esto, señor de Metternich, me parece una barbaridad, y perdóneme vd. la espresion, que aunque vd. no me la perdone, no por eso dejará de serlo, y si es asi como lo cuentan, no tiene perdon de Dios.

Dicen que el emperador está un poco tocado de la cabeza, ó asi como alelado y no muy en sus cinco; lo cual no sé yo si seria una gran falta para rey constitucional como algunos los quieren: ¿pero sabe vd. lo que dicen otros, señor de Metternich? La verdad en su lugar, pero dicen que en esa indignidad que su emperador de vd. acaba de hacer con los pobres polacos, ha habido mas de lo malicioso que de lo simple, y los unos lo atribuyen á que anda ya pesaroso de haberse liberalizado tanto y quiere ya cejar, y de esto dicen ser la causa que cuando los revoltosos quemaron su casa de campo de vd. dejaron intacta una pieza en que tenia vd. la semilla de su política, las cuales han venido á caer en manos de los sucesores que le dió á vd. el emperador, que si ha sido asi no ha dejado de ser casualidad, pero yo no estrañaría nada, porque sé lo que es heredar las semillas que quedan. Otros discurren por otro camino, y andan cundiendo la voz de que es la Inglaterra la que muéve por debajo de cuerda todo eso, diciendo que como ve que el fuego se le ha ido metiendo dentro de casa, quiere ahora atajarle poniéndose de acuerdo con los del Norte, con pretesto de no sé qué tratados que unas veces dicen que existen y otras que no existen, y tan pronto dicen que están enteros y vigentes, como que están rotos y no valen ya mas que como papel viejo.

Yo quisiera, señor de Metternich, que vd. que es tan diplomático, me hiciera el favor de explicarme esa política de los señores ingleses, que se me antojan á mí como los centinelas en día de alarma, que á uno le gritan: «Paisano atrás; atrás; inmediatamente:» á otro le echan un ¡alto! que le dejan temblando, y tiene que quedarse clavado como una estatua donde le coge la voz; y á otro le dicen: «Paisano, ande vd., vivo, ó le alumbro.» Y no sabe uno cómo arreglar su movimiento al gusto de sus señorías, que no se esponga á que le hagan una intimacion seria de esas que ellos usan. Ahora por ejemplo, dicen que no les gusta á los ingleses que

la Sicilia haya ido tan adelante, y que el rey de Cerdeña haya avanzado tanto, y que el de Prusia haya dado ciertos pasos, y que los polacos hayan emprendido cierta carrera; y por otra parte tienen aquí en España un embajador que todos los días le está diciendo á nuestro gobierno: «Anda, anda, y anda listo y por donde yo te señalo, mira que si nó...!» A mí, si he de decir la verdad, no me gusta que el gobierno no ande, pero tampoco me gusta que sea un extranjero el que le diga á estilo de centinela: «Vaya vd. por medio de la calle ó por la acera de enfrente, porque si nó...!!!» Y á propósito de este señor mister Bulwer, ha de saber vd., señor de Metternich, aunque siento decirselo, que es el único diplomático que yo conozca (aunque es verdad que conozco pocos) que le pudiera dar á vd. lecciones: él es vivo como una pimienta, y en esto del *agibilibús* no le gana un agente de negocios; disimulado como él solo; y en cuanto á la reserva, que debe ser una de las cualidades y requisitos de la diplomacia, en esto dudo que tenga igual. Cuando ha de pasar una nota, primero la publican los diarios franceses, despues la copian los periódicos españoles, y luego en seguida la pasa él al gobierno con mucho sigilo, y lo mismo hace con las contestaciones. Todo por la vía reservada de los periódicos: es el inglés más sátrapa y de mas trastienda que he conocido.

Voy estando mas largo de lo que pensaba, señor de Metternich; pero ¡hacia tanto tiempo que no nos comunicábamos! ¡y han ocurrido tantas cosas en este tiempo! ¿Y qué le parece á vd. de ese picarillo rey de Cerdeña, Cárlos Alberto? ¿Ha visto vd. qué travieso nos ha salido? ¿Quién lo había de pensar? ¡Quién le conoció rey absoluto y le ve ahora, no tan solamente rey constitucional, que esto sería lo de menos para su Austria de vd., sino hecho un general en jefe de todos los ejércitos constitucionales italianos, atreviéndose á entrar en la Lombardia, y á tenérselas tiesas á los austriacos, y aun á darles sus sacudidas corrientes! ¿Pues y los milaneses? ¿Pues y los toscanos? ¿Pues y los napolitanos? ¡Y hasta los romanos, señor de Metternich! ¡Hasta los hijos de la iglesia católica apostólica romana, cuya cabeza es el Papa! Precisamente estará vd. aturrullado y confuso con unas novedades tan pingües. Pero hemos de ser francos, señor de Metternich. Aquí para entre los dos, paréceme que ese yugo que egercia el Austria en la pobre Italia era una iniquidad, ó por lo

menos no era de razon, y que si hay algun levantamiento fundado en la justicia, es el de los italianos, que al fin y al cabo no aspiran mas que á recuperar lo que es suyo, y á que los dejen gobernar su casa á su modo y manera, y sin intervencion del vecino, en lo cual yo no encuentro nada que no sea muy conforme á la ley de Dios. Digo, esto es lo que á mi se me alcanza; acaso vd. pensará de otra manera, porque no me maravillará que diplomáticos y legos no veamos las cosas de un mismo modo.

Disimule vd. que le haya molestado tanto tiempo. Y en cuanto á no haberle dado el tratamiento ni haberle nombrado Principe, crea vd. que desde que la república francesa ha abolido los títulos, yo ni los uso ni los doy. Y digo que no los uso, porque ha de saber vd. que el año pasado me hizo mi amo conde de Aires-Libres y marqués del Globo, con motivo de un viaje aereostático que hice con él (1), y he empezado por renunciarle, por si acaso llega por aqui la igualdad, para que nadie tenga que quitarme nada. Estimaré que hecho cargo de esta razon me dispensará vd. esto del tratamiento.

Mucho mas tenia que decirle, pero no quiero ser mas pesado. Cuidese vd. mucho, y procure reponerse, ahora que está cesante, que al cabo mejor podrá vd. pasarlo con su cesantía que los de aqui de España, y ya sabe vd. que le aprecia su seguro servidor.

—PELEGRIN TIRABEQUE.

P. D. Si vd. quiere alguna vez ponerme dos letras, la señas lo mismo que siempre: A Fr. PELEGRIN TIRABEQUE, en la celda de Fr. GERUNDIO.—Madrid.

(1) *Viage aereostático de Fray Gerundio y Tirabeque*; un opúsculo en 8.º publicado en noviembre de 1847.

SALMO DE LOS BILLETES.

1.—En el año de gracia de 1848, dijo el Señor Dios: sufrirá Madrid una plaga muy semejante á las de Egipto, pero no será ni de ranas, ni de mosquitos, ni de langostas, ni ninguna de las que *in illo tempore* envié contra el endurecido Faraon.

2.—Y dijo el Señor Dios: escóndase el metálico sonante, é inúndese Madrid de billetes de Banco.

3.—Y el metálico sonante se escondió, y Madrid apareció inundado de billetes de Banco como el Señor lo habia dicho.

4.—Y de tal modo desapareció la *pecunia*, que parecia haberse convertido en virtud segun lo escasa que andaba: y hubiérase creido que los billetes estaban dotados de la virtud de engendrar y de parir segun lo que se multiplicaban.

5.—Y comenzó á sufrirse pérdida en el cambio de los susodichos billetes: y esta pérdida iba cada dia creciendo, creciendo, al paso que la moneda iba menguando, menguando.

6.—Y las gentes acudian con sus billetes al Banco; y acudian como enjambres; y tomaban vez para esperar; y esperaban.... esperaban.... esperaban; y el banco tardaba.... tardaba.... tardaba; y despues de tardar daba moneda quebrada.

7.—Y levantáronse cambiantes de billetes al módico precio de 6, 8, 10, 12 y 13 por %.

8.—Y sucedió en este mismo año de gracia de 1848, que las gentes entregaban un billete de Banco para pagar el pan nuestro de cada dia; y que los domésticos llevaban billetes para satisfacer el importe de la ensalada; y los apuros eran muy grandes; porque el metálico sonante se habia escondido.

9.—Y decian los habitantes de Madrid como los siervos de Faraon: *¿Usque quo patiemur hoc scandalum* (1)? ¿Hasta cuándo durará este escándalo?

(1) Exod., cap. 10, vers. 7.

40.—Y pareció haber oído el gobierno el clamor de los habitantes de Madrid y dijo: autorizo al Banco para que compre toda la plata de las minas de la Península que pueda adquirir por cuenta de la hacienda pública (1).

41.—Entonces dijo FR. GERUNDIO á su lego, TIRABEQUE: anda, PELEGRIN, y cambia este billete corriendo, que ya deberán estar á la par, y nos hace falta para el gasto de casa, si no hemos de mantenernos de papel de crédito.

42.—Y salió TIRABEQUE cojeando; y al cabo de medio día volvió, y dijo á su amo FR. GERUNDIO: «Señor, en el Banco no he podido entrar y he corrido todos los cambiantes de Madrid, y nadie cambia á menos del 40 por $\%$. Su paternidad resolverá lo que se haya de hacer.»

43.—Y vió FR. GERUNDIO que la compra de plata de las minas no había disminuido el precio de cambio de los billetes; y exclamó como los siervos de Faraon: *¿Usque quo patiemur hoc scandalum?* ¿Hasta cuando durará este escándalo?

44.—Y otra vez pareció haber oído el gobierno los clamores que se levantaban: y dió una ley de moneda; y mandó que se acuñara mucha moneda y muy á prisa; y ordenó que se habilitaran cuanto antes las casas de moneda del reino; y hasta previno que los ensayos se hicieran por la via húmeda (2); y divulgóse que había tomado medidas para que se acuñaran cada dia millones de monedas chicas y grandes.

45.—Entonces llamó otra vez FR. GERUNDIO á su lego y le dijo: corre, PELEGRIN, y cambia ese billete, que ya deberá circular el metálico en abundancia; y la plaga de billetes habrá cesado.

46.—Y salió PELEGRIN, y volvió y dijo: «Señor, aqui está el billete: en el Banco había tanta gente que no me ha sido posible penetrar, y los cambiantes piden á 8 por $\%$. Su paternidad resolverá lo que mejor le parezca.»

47.—A lo cual le contestó FR. GERUNDIO: cambia á lo que te pidan, PELEGRIN, que lo primero de todo es el sustento diario, y no quiero que debas los garbanzos y la carne: y exclamó otra vez

(1) Real Orden de 12 de abril.

(2) Real Decreto de 15 de abril.

FR. GERUNDIO: *¿Usque quo patiemur hoc scandalum?* ¿Hasta cuando durará este escándalo?

18.—Y era cierto que la nueva moneda había comenzado á circular: pero aconteció que como la fábrica era española, rompiéronse al segundo día los troqueles, y cesó la acuñacion; y no se hicieron mas ensayos ni por la vía húmeda ni por la seca: y si no se hubieran roto los troqueles se habrían roto las birolas; porque algo se había de romper.

19.—Y al modo que los niños de Sion preguntaban á sus madres: *¿Ubi est triticum et vinum* (1)? ¿Dónde está el trigo y el vino?—Así nos preguntábamos unos á otros en Madrid: *¿Ubi est argentum et aurum?* ¿Dónde está esa plata y ese oro que se iba á acuñar?

20.—Y reíanse todos de la rotura de los troqueles: y al propio tiempo que reían rabiaban: porque la plaga de billetes no menguaba, y el precio de los cambios crecía; y otra vez esclamaban todos como los siervos de Faraon: ¿Hasta cuando durará este escándalo?

21.—Pero otra vez llegaron estos clamores al gobierno, y dijo el gobierno de los españoles: «Establézcase una junta consultiva de moneda compuesta de seis individuos:» y se estableció la junta, y los individuos fueron nombrados (2).

22.—Y entonces dijo otra vez FR. GERUNDIO á su lego; anda, ve, y corre, PELEGRIN, y cambia ese billete, que ya tenemos una junta de moneda, y habiendo junta no podrá menos de correr el metálico en abundancia, y ya que acaso no ganes en el cambio, por lo menos deberá estar á la par.

23.—Y otra vez salió TIRABEQUE, y volvió y dijo: «Señor, aquí está el billete: junta hay, pero moneda no, y el cambio está hoy entre trece y doce y medio: su paternidad dispondrá lo que sea de su agrado.»

24.—Y dijo FR. GERUNDIO á su lego: no dispondré lo que sea de mi agrado, sino lo que sea de mi necesidad: anda, ve y cambia, y no me digas á cómo: y exclamó otra vez FR. GERUNDIO: *¿Us-*

(1) Thren. Jerem. Cap. 2, vers. 12.

(2) Real Decreto de 29 de abril.

que quo patiemur hoc scandalum? ¿Hasta cuando durará esta broma? Y lo mismo que FR. GERUNDIO esclamaban todos.

25.—Y llegaron otra vez al gobierno los clamores de los siervos de Faraon, y dijo: los billetes del Banco español de San Fernando se admitirán como dinero efectivo en pago de derechos en todas las aduanas del reino: se admitirán de la misma manera en pago de los cien millones de billetes del Tesoro que se acaban de crear (1).

26.—Llamó entonces FR. GERUNDIO á su lego TIRABEQUE y le dijo: toma este billete y cambia; pero no le cambies sino á la par; porque con estas medidas del gobierno, deberá cesar instantáneamente la plaga de billetes que tiene inundado este Egipto español: y decíalo FR. GERUNDIO con toda su natural confianza y candidez.

27.—Y salió TIRABEQUE, y volvió y dijo: «Señor, aquí está el billete; entre cinco y seis anda el cambio, en cuanto á eso de á la par *niquaquam*, que en lenguaje lego quiere decir: «ni por pienso.» Su paternidad me dirá lo que he de hacer.

28.—Esperemos un par de días, PELEGRIN, dijo FR. GERUNDIO, que será lo que podrá tardar en desahogarse el mercado de la plaga de billetes que le inunda; y pasaron unos días, y mandó otra vez FR. GERUNDIO á su lego, y salió y volvió, y dijo: «Señor, hoy están á la par, quitando 8 de pérdida no más. Su paternidad es dueño de disponer.»

29.—Y esperó FR. GERUNDIO mas días, y volvió á enviar á su lego; y regresó TIRABEQUE y dijo: «Señor, hoy están á 40 y *non plus ultra*.»

30.—Y contestó FR. GERUNDIO. Yo digo que si *plus ultra*; y esclamó: ¿hasta cuando, señor Dios, durará esta plaga y este escándalo? Y lo mismo, lo mismo que FR. GERUNDIO esclamaban todos los habitantes de Madrid: porque el metálico sonante seguía escondido y Madrid continuaba inundado de billetes, como el Señor lo había dicho.

31.—Y TIRABEQUE añadía: tengo para mí, señor, que aquí ha de haber mucho *busilis*; *busilis* muy grande: antójase me que si grande es la plaga, mayor es todavía el *busilis*.

32.—Y concluyó TIRABEQUE con la siguiente jaculatoria: «Dichosa edad, mi amo, y dichosos tiempos aquellos en que nuestros

(1) Real Decreto de 4 de mayo.

padres no conocian esta monserga y esta embrolla del papel moneda y del papel de crédito de los gobiernos modernos: ellos, los dichosos y bienaventurados, no sabian mas sino que una onza de oro les valia diez y seis pesos fuertes, y que en cada peso fuerte tenian cinco pesetas, todo de buena ley, y cuya cuenta no les podía fallar. Dichosos ellos, que si bien llevaban mas peso en los bolsillos, reducíase á reforzar el forro para que no se les rompieran, y á andar mas despacio, que tampoco ellos tenian que andar tan de prisa como nosotros. Pero en cambio sabían que un peso duro que tuvieran, aquel peso duro eran 20 reales cabales y cumplidos, valor intrínseco del peso duro, y no se veian espuestos á estas crisis monetarias y á estas plagas de papel, y á estos gatuperios y busilis, y á que un dia amanezca un ciudadano creyendo que tiene mil reales, y anochezca con que aquellos mil reales han sufrido una merma, y se le han vuelto 800 sin haberlos tocado ni gastado un maravedi; ó que tiene que comprar una libra de chocolate, y no se la dan ni por mil reales, porque aquellos mil reales no se los quieren pasar, y se queda sin chocolate y con la pena de muerte al falsificador de aquel papel, que harta pena de muerte lleva sobre sí, no el que los falsifica, sino el que va con sus billetes á la plaza y no puede traer con ellos que comer. Y asi, mi amo, remedie Dios cuanto antes esta plaga y envíeme moneda que pese y haga bulto, que es lo que le pido sin avaricia y con toda humildad.»

LOS COMUNISTAS.

A renglón seguido de la anterior jaculatoria me dijo mi lego: «Señor, ahora que hemos hablado de moneda, y que yo he pedido á Dios que me la envíe de bulto y peso, aunque como vd. sabe, no es mi flaco la avaricia, ocúrreseme que si todos fuéramos igualmente ricos, y todos tuviéramos igual haber y fortuna, como parece que quisieran arreglar la república francesa esos que llaman los Comunistas, escusaría yo de pedir á Dios que me enviara tanto ni cuanto, porque entonces me diría y con razon que yo trataba de atacar el principio de la igualdad. Y así desearía yo que vd. me dijera qué tal fundamento tiene eso de la igualdad de fortunas, pues aunque yo al principio me he declarado contra los Comunistas, despues lo he pensado mucho, y bien mirado no deja de halagarme unas miajillas, puesto que yo en eso mas habia de ganar que perder. Y el refran de que hay mucho y mal repartido nadie niega que es una grandisima verdad. Pero á mas de estas razones que á mi se me ocurren, querria yo saber en cuáles otras se fundan esos Comunistas franceses que tanto ruido están haciendo ahora con sus nuevas doctrinas.

—En primer lugar, PELEGRIN (le dije), es un error creer que esa doctrina del Comunismo ó Comunidad de bienes sea nueva. Al contrario, es una teoria antiquisima. Sobre 400 años antes de Cristo hubo ya un famoso Comunista, que fué Platon, gran filósofo, pero de esos filósofos que mas se han paseado por los bellos jardines de la imaginacion, como que su república es uno de los mas hermosos sueños con que el hombre se ha podido deleitar. Pues bien, este buen soñador decia ya en su libro *de las Leyes*: «Es menester que las riquezas sean comunes entre los ciudadanos, y que se cuide mucho «de descartar del comercio de la vida hasta el nombre de propiedad.» Y nosé para qué querria tanto, pues en una república de ángeles como la que él se imaginaba cualquier cosa era igual. Des-

pues de Platon vino el famoso Apolonio de Tiana, gran forjador de prodigios, y el mismo de quien cuenta la historia que hizo un viaje desde la India á Roma solo por tener el gusto de ver qué especie de animal era un tirano....(1)

—Señor, exclamó á esto TIRABEQUE interrumpiéndome, ¡bendito sea Dios y qué suerte tienen algunos hombres! Unos teniendo que hacer viajes para conocer á un tirano, y otros teniendo que viajar por no verlos, y aun así no va el hombre á parte alguna ni es dueño de dar dos pasos sin tropezárselos, como dice el vulgo, de hocicos.

—Pues como te decía, PELEGRIN, ese Apolonio de Tiana exortaba á los de Efeso á que hicieran comunidad de bienes á egemplo de los pajaritos; y como él era tan milagrero y tan buen predicador, los artesanos, halagados con esta idea, abandonaban sus talleres y le seguían á bandadas como ahora siguen á Luis Blanc los obreros de París. Pero viniendo á tiempos mas modernos, hubo en Alemania un tal Muncer, discípulo de Lutero....

—¡Ave María Purísima, Señor! Imposible es que un herege dijera cosa buena. Si ese era Comunista, paréceme que renunció yo á serlo.

—Verás lo que decía, PELEGRIN. «¿No somos todos hijos de un mismo padre, que fué Adán? ¿De dónde viene, pues, la diferencia de categorías y de fortunas? ¿Porqué gemimos nosotros en la pobreza, mientras otros nadan en las delicias? ¿No tenemos derecho á unos bienes, que la naturaleza ha dado para ser distribuidos entre todos? Restituidnos, ricos del siglo, volvednos, usurpadores avaros, los tesoros que injustamente retenéis. Aquí, aquí á mis pies habeis de traerlos, como se llevaban en otro tiempo á los pies de los apóstoles. (2)»

—Eso es lo que él quería, mi amo, que se los llevarán á sus pies para echarlos él muy boniticamente la mano; y esto mismo sospecho yo que será lo que quieren todos los Comunistas.

—Pues bien, con estas doctrinas logró Muncer sublevar á los

(1) *Hæc tamen bellua quam tyrannum vulgo vocant*, etc. Philoct. in Vit. Appolon. Tyan.

(2) Louis Reybaud.

anabaptistas, y en tanto número (porque siempre hay mucha gente dispuesta á tomar la hacienda del prógimo si encuentra una buena ocasion), que llegó á juntar hasta 40 mil perdidos, con los cuales estuvo muchos años devastando la Alemania: hasta que el landgrave de Hesse, que tomó la defensa de la causa de la civilizacion, les dió una buena sacudida en que dejó cerca de siete mil hombres tendidos en el campo. Muncer les había dicho que no temieran las balas, que con solo presentar él la manga de su ropilla era bastante para que todas se embotáran. Mas cuando vieron que las pelotillas de plomo, en lugar de respetar la manga de su manto no habian respetado ni su cabeza, muchos se desengañaron; pero otros prosiguieron su sistema de nivelacion y de organizacion social, y asentaron su imperio en la ciudad de Munster, donde ya el panadero Mathison ordenaba un saqueo por las casas de los vecinos, ya el sastre Juan de Leyde proclamaba la poligamia como ley del estado, y comenzaba por dar él egemplo casándose con 47 mugeres.

—Arrediable con los tales Comunistas, mi amo! ¡Cáspita con su moraleja! Y en eso del panadero y del sastre veo yo un cierto *similis* con los obreros franceses de ahora.

—Y aun verás mas segun te vaya enterando de la historia del Comunismo. Hacia fines del siglo pasado, y á consecuencia de la gran revolucion francesa, publicó un tal Babeuf un *Manifiesto de los Iguales*, en que se enseñaba la misma doctrina de los Comunistas de ahora, y en que se pretendia el establecimiento de una república de completa igualdad. Decian aquellos igualadores que el origen de todos los males de la sociedad era la propiedad individual, y que solo la propiedad colectiva era la buena, la útil, la provechosa al bien público. Que por consecuencia de esto, debian todas las propiedades particulares pasar al estado, y el estado y el gobierno encargarse de la manutencion de todos, de su vestido, de su alojamiento y mueblaje, de todo, en fin, lo que constituye la subsistencia del hombre. Para esto era necesaria la organizacion del trabajo por medio de talleres nacionales.

—Señor, eso es lo mismo con la propia mismidad que lo que piden los Comunistas de ahora.

—Lo mismo poco mas ó menos, PELEGRIN; ¿no te dije que la teoría del Comunismo era muy antigua? Del sistema de Babeuf y

de los Comunistas franceses de la revolucion pasada al sistema de Luis Blanc, de Cabet, de Proudhon, y de los Comunistas franceses de la revolucion actual, apenas hay diferencia sino en alguna modificacion, y en que el Comunismo de ahora, escarnecido ya y silbado en los tiempos anteriores por todos los hombres de razon, se presenta mas vergonzante, aparentando mucho respeto á la propiedad.

La igualdad, como te digo, habia de ser completa. Todos los hombres habian de tener una misma condicion social, iguales comodidades; porque todos tienen iguales derechos; de consiguiente igual habitacion, una vivienda no lujosa, pero cómoda; igual trage, un vestido decente y nada profano; uniformidad absoluta, para que no hubiera envidias ni celos: ni soldados, ni generales; ni criados, ni amos; la república de la igualdad y de la Comunidad no reconoce ni servidumbres ni categorias.

—Señor, eso ya no me desagrada tanto, por la parte que me toca; pues aunque yo siempre seguiria sirviéndole á vd. por aficion, y en memoria siquiera de lo que cada cual habia sido, me gustaria salir de esta categoria de criado, y ser igual á vd. de derecho, aunque no lo fuera de hecho. Y asi crea vd., mi amo, que me voy inclinando ya á ser Comunista: y desde luego lo seria si esos señores Igualadores pudieran hacer una igualdad que yo deseo, y sin la cual me parece que me resuelvo á no adoptar el Comunismo. Ya sabe vd., mi amo, que tengo la desgracia de ser cojo, y si la república de la completa igualdad nos hiciera á todos los hombres sanos y correchos, ó ya que esto no pueda ser, si hiciera á todos los hombres cojos como yo, entonces yo la abrazaria con mil amores: porque nó encuentro una razon para que yo cojee y los demas nó.

—Pues ten el consuelo, PELEGRIN, de que en la república comunista todos cojearian. Y siguiendo mi historia, y para que veas que ni los *Comunistas* franceses ni los *Cartistas* ingleses son una cosa nueva, te diré que á Babeuf en Francia le sucedió Owen en Inglaterra. El sistema de Owen era todavia mas franco: nada de propiedad, nada de religion; ni matrimonios, ni familias; todo comun, y todo el mundo igual: y en cuanto á libertad, cada uno hace lo que le acomoda, y punto concluido. Esto llamaba él *gobierno racional* y comunidad cooperativa. Pero al fin Owen se

limitaba á predicar, mas luego vinieron los Cartistas, que á imitacion de los antiguos Comunistas de Alemania, y calculando como ellos que era camino mas corto hacer que hablar, diéronse á tomar por la fuerza lo que bien les venia, y allá me las den todas, que una nube de langostas hace menos riza en los campos que la que allí hicieron aquellos señores niveladores. Semejante manera de reformar la sociedad no debió parecerles muy bien á los ingleses, que es gente que no se deja de despojar á un dos por tres de lo suyo, y cargando sobre los igualadores les dieron una leccion no nada blanda. Con la condenacion de sus dos principales gefes Frost y William, los Cartistas amansaron un poco y se disciplinaron bajo otro pie. Desde entonces adoptaron el sistema mas pacifico de las peticiones, y en 1842 redactaron ya una *peticion monstruo*, para la cual llegaron á recoger *tres millones trescientas diez y siete mil setecientas dos firmas*.

—Señor, esa *monstruosidad* es por el estilo de la que han hecho ahora.

—¿No te he dicho, PELEGRIN, que todas estas *monstruosidades* venian de atras? Pues ya entonces como ahora no se atrevieron á pedir descaradamente la igualdad absoluta de fortunas; limitáronse, como el 40 de abril, á pedir la reforma del parlamento, la ampliacion en el derecho electoral, el mejoramiento de las clases obreras y la abolicion de la ley del pauperismo: lo demas vendria despues. En el entretanto Owen se habia ido á París, donde en el poco tiempo que estuvo reclutó algunos discipulos, y comenzaron á aparecer diarios comunistas sumamente baratos para que los pudieran adquirir las clases obreras, y desde entonces comenzó el Comunismo á propagarse y á hacer prosélitos por los talleres. Y aunque las doctrinas de estos diarios parecian ofrecer poco peligro por el ridículo que en si llevaban, tales heregias dijeron que se formó una instruccion judicial, y el proceso se llevó á la cámara de los Pares, con lo cual ya adquirieron cierta celebridad los Comunistas. Y para que formes juicio de la sabiduría de los predicadores de esta santa Comunidad, en el proceso declaró uno de los que pasaban por redactores en jefe de uno de los diarios denunciados, *que no sabia leer ni escribir*.

—¡Ah buen hijo! exclamó aqui TIRABEQUE: bendígate Dios y todos los santos apóstoles y evangelistas! Mas me realzas tú que si

viniera un coro de ángeles á cantar mis alabanzas. Que vengan, que vengan ahora á decir que es atrevimiento el que un lego, que á lo menos sabe leer y escribir por lo mediano, se meta á periodista, y dirija una carta de su mano manuscrita aunque sea al *Susum-incorda*.

—La division, PELEGRIN, no tardó en entrar en las filas de los Comunistas, entre los cuales se formaron multitud de sectas. Dividiéronse en *Igualadores, Fraternalistas, Humanitarios, Unitarios, Comunistas, Comunionistas, Comunitarios ó Icarianos, Comunistas y Racionalistas*, cuyas sectas todas están sin duda hoy representadas en los diferentes *Clubs* de París, presididos unos por Cabet, otros por Blanqui, otros por Raspail etc., aunque á todos los comprendemos bajo el nombre de *Comunistas*; aparte de los que capitanean ó representan Ledru-Rollin, Luis Blanc, y los demas superiores de estas comunidades. Con que si te decides á ser Comunista, ya ves que tienes clubs en que escoger, y puedes elegir desde luego la Comunidad en que prefieras entrar.

—Señor, ya pertenecí á una Comunidad, que fué la de nuestro padre San Francisco, que tengo para mí que fué un Comunista republicano, algo mas sábio y mas ducho que todos esos Comunistas franceses de ahora, y tambien estableció en su república la fraternidad y la comunidad de bienes, y como yo espermenté que aunque todos nos llamábamos hermanos y nos decian que los bienes eran comunes, con todo y con eso había guardianes y legos, y padres maestros y novicios y donados, y los unos mandaban á los otros, y como vi que aunque todos hacíamos voto de pobreza, los guardianes y la gente de cordon alto lo pasaban como unos principes, y que nosotros teníamos que estar á las sobras de ellos, y eso que éramos los que recaudábamos las contribuciones, es decir, las limosnas, digo, mi amo, que como ya espermenté todo esto, y que en tantos años nunca pude salir de lego, antójaseme que todo eso del Comunismo han de ser pamplinas y sueños, ó acaso una de esas herregías que dijo vd. que se levantarían en contra de la verdadera libertad. Con que ya que fui Comunista antes que ellos y no adelanté nada, hágales buen provecho su Comunismo, mi amo, que ya se desengañarían como yo.

—Y si tal sucedía, PELEGRIN mio, en una república tan reducida y en unas comunidades tan cortas como eran las nuestras, calcula

tú lo que acontecería en repúblicas de 15, ó 20, ó 30 millones. Y el caso es, TIRABEQUE hermano, que esos Comunistas que de tan avanzados la echan, quieren volver nada menos que á los primitivos tiempos de la sociedad, en que la propiedad no era todavía de nadie; de modo que queriendo avanzar mucho, retroceden nada menos que cinco ó seis mil años, que es un paso atras muy decente.

—Señor, lo que entiendo yo que quieren es lo que queria ese discípulo de Lutero que vd. ha nombrado: «aquí, aquí á nuestros pies habeis de traer vuestros tesoros, que luego nosotros haremos con ellos aquello del que parte y bien reparte, y en el partir tiene tino.»

En lo que me parece á mí que no van tan descaminados, mi amo, es en eso de la organizacion del trabajo.... ¿No le parece á vd?

—Eso, PELEGRIN, podrá quizá ser materia de que convenga ocuparnos otro dia. Por hoy se levanta la sesion, por ser mas que pasada la hora de reglamento.

APUROS DEL SANTO PADRE.

Mis temores, PELEGRIN, relativamente á los efectos de la allocucion del Papa comienzan á realizarse con asombrosa rapidez. Segun las últimas noticias de Roma, el buen Pio IX se ha visto obligado á ceder á las intimaciones y exigencias de todo el pueblo amotinado, y segun dicen, ha tenido que nombrar nuevo ministerio, y acceder al siguiente programa: 1.º Que ningun eclesiástico, de cualquier clase que sea, pueda obtener empleo público: 2.º Formal declaracion de guerra al Austria: 3.º Pio IX á la cabeza del gobierno: 4.º Publicacion de un boletin diario del grande ejército de la independenciam: 5.º Llamamiento á la juventud para que vaya á Lombardia á arrojar á los bárbaros (esta es su espresion).

Quiera Dios, repito ahora, PELEGRIN, que de esta nueva crisis salga ileso el poder temporal, y aun el espiritual del Papa.

—Roguemos, señor, dijo TIRABEQUE, por nuestro Santo Padre, ya que tales andan los tiempos que en lugar de rogar los Papas por nosotros, tenemos los legos que pedir á Dios por los Papas.